

## Inés del Campo Durán (3º ESO C)

Hacía frío, era invierno: y sólo llevaba cinco minutos andando y mis manos, pies y orejas ya estaban helados, ni los sentía. Había salido del colegio después de un duro día de trabajo y lo único que me importaba en esos momentos era llegar a casa y pasarme el resto de la tarde pegada al radiador. No había nadie en la acera, todo estaba desierto, ni rastro de gente. Doblé la esquina, me crucé con la primera persona que veía en toda la tarde y me paré. Ya no me importaba el frío, así que me di la vuelta y observé que aquella persona también se giraba en dirección a mí. No podía creer lo que veían mis ojos. Era yo, pero era más alta y mis rasgos se correspondían con los de una persona adulta. Sí, había una cierta diferencia entre nosotras, pero los ojos, la expresión de la mirada y algunas cosas más seguían siendo las mismas. Me acerqué a ella todavía sin habla y cuando estuvimos a pocos metros pude decir con esfuerzo:

- Tú, eres yo ¿cierto?

Me miró impresionada, ella tampoco lo había asimilado todavía; era demasiado para una persona.

- Y tú eres yo – respondió.

Tras un incómodo silencio, quise romper el hielo:

- Entonces, eres mi futuro yo. ¿Y cómo soy? ¿Qué hago? ¿Estoy casada? ¿Tengo hijos?
- Vale, las preguntas más despacio. - Me miró con una sonrisa y prosiguió. –  
Vente a mi casa, así lo podrás ver todo.

Agradecida, acepté la invitación sin pensármelo dos veces y decidí seguirla. Durante el camino, que no fue muy largo, el frío se volvió a apoderar de mí, pero conseguí aguantarme hasta llegar a mi destino. Cuando abrió la puerta del piso, tres niños pequeños se abalanzaron sobre mi ‘yo’ felices y sonrientes. No había duda de que eran mis hijos. Cuando se calmaron y se percataron de mi presencia, clavaron sus ojos en mí con curiosidad y asombro. No sabían qué decir, así que ella se adelantó a mí y les explicó:

- Claudia, Jenny y Sam, os presento a una pariente mía que ha venido desde... Alemania.

Ellos asombrados, asintieron y me saludaron. Les cogí cariño rápidamente, pero me cogió de la mano y me presentó a mi futuro marido. Me sentí orgullosa y halagada al observar que era guapo, atractivo y parecía amable e inteligente. Mi ‘yo’ le relató la misma mentira. Al principio pareció extraño, pero después asintió y se presentó.

- Yo me llamo Robbie, soy de Canadá.

Embobada estreché su mano. Al finalizar la visita por el piso, que por cierto me quedé impresionada por lo grande y lujoso que era, terminé sentada en un cómodo sofá con un chocolate caliente entre mis manos.

- Entonces, ¿éste es mi futuro?
- Será tu futuro – respondió – si terminas los estudios, haces la carrera y te esfuerzas cada día por conseguir tus metas.

Seguía hablando, pero no sé por qué, de repente, su voz dejó de oírse, todo se tiñó de negro y me encontré en el vacío. Me desperté, estaba tumbada en el sofá de mi casa. Todo había sido un sueño, pero aquello que dijo mi ‘yo’ futuro lo seguí teniendo en cuenta, y así, al cabo de unos años, estaba allí, como en mi sueño.